

Dos perros, tres gatos y un canario blanco

Dos gatos y dos perros era el límite marcado a fuego por el capanga del conventillo, el amargo de mi abuelo Cacho. Yo tenía prohibido rescatar cualquier bicho que anduviese desamparado por el barrio, de hacerlo debía ser de manera temporal, clandestina, con fecha de salida, porque según el viejo no había guita para darle de comer a otro inquilino de cuatro patas.

Cuando comencé el tercer grado un mediodía que volvía de la escuela, justo cuando cruzaba la avenida Montes de Oca, en una caja que estaba tirada al lado de un tacho de basura escuché un ruidito insignificante, agudo. Me acerqué. Con cuidado abrí los cartones y la sorpresa me llenó de alegría, en medio de un montículo de viruta de madera estaba acurrucado por el frío mi “Bolita”. Era un peluche de gato hermoso blanco con manchitas grises que maulló fuerte apenas la luz del sol lo encandiló. Ese fue el nombre que se ocurrió, porque ese gatito era como una bolita redonda y si pretendía quedármelo lo primera que debía hacer era bautizarlo como a un cristiano. Con mi vocación incipiente de veterinario lo subí a upa y lo cargué hasta mi casa. Cuando llegué, el abuelo estaba cruzando. Acababa de dar vuelta el cartel de “Abierto” y cerrado la zapatería. Él me vio y si saludarme me paro el carro gritando “¡Que hace con ese bicho! ¡A casa no entra!”. Retrocedí unos pasos, no sabía dónde esconderme o esconderlo, pero la suerte o San Ignacio de Loyola estuvieron de mi lado porque justo en ese mismo instante salió mi abuela a la vereda y se enamoró por completo de mi Bolita.

Ese día logré quebrarle el límite al viejo capanga y a partir de ese momento fueron tres los gatos y según nos advirtió a todos: “Bolita es el último animal de cuatro patas que va a pisar mi casa”.

En ese momento yo no sabía si Bolita era nene o nena, para mí era Bolita sin distinción de género y con eso era suficiente. Pero Bolita fue creciendo y se fue imponiendo en el territorio, así como el abuelo cacho era

el capanga de la familia, Bolita era el capanga del reino animal. A los otros dos gatos los tenía carpiendo y a los perros los tenía de hijo, les daba vuelta el plato de comida, les tiraba el agua y los asustaba saltándoles encima cuando ellos pasaban por debajo de las banderolas.

Una noche Bolita desapareció, creí que se había escapado o que quizás alguno de los camiones que van al puerto lo hubiese atropellado, pero no fue así. Por suerte ese domingo apareció todo rasguñado. A los pocos días empezó a engordar de golpe, parecía que se había morfado un pollo entero. Dos meses después, Bolita desapareció de nuevo, pero esta vez mamá lo encontró escondido en el ropero, en el lugar de las sábanas, junto a siete gatitos a los que estaba amamantando. ¡Que ternura! En ese momento me di cuenta de que mi Bolita era nena, era mi gata Bolita.

El problema se multiplicó por siete. El abuelo no iba a permitir de ninguna manera que ninguno de esos hermosos michifuces habitase en el conventillo. Le pedí por favor a mamá que intercediera, que los tuviésemos escondidos en nuestra pieza y que el viejo no se enterara, pero mis suplicas no tuvieron éxito. Una mañana que volvía de la escuela, fui directo al ropero donde estaba Bolita con su cría y el cajón estaba vacío. Recuerdo que lloré como loco. Me quisieron engrupir con que se habían ido, pero yo no me lo creí ni medio. Sabía que algo malo les había pasado a los hijitos de mi gatita.

Con el tiempo, escuchando detrás de las puerta, como era mi costumbre para chusmear lo que los grandes no hablaban delante mío, me enteré por mi tío Coco, que el viejo había puesto a los gatitos en un tacho de pintura, los había llenado de agua, los ahogó y después lo tiro en el riachuelo. ¡Como odié a ese viejo podrido!

Unos meses después al llegar la primavera, la maestra nos llevó de excursión a la feria de los pájaros de Pompeya. Fuimos en un micro naranja. Estaba feliz de compartir con mis compañeros, pero más feliz estuve al ver a cientos de animales de todas las especies. Los peces de colores me parecían

alucinantes, imaginaba que ellos no podrían vivir en las aguas turbias del riachuelo. Los loros me hacían reír y yo les hablaba para que repitieran las malas palabras que le decía pero no me hacían caso. Los perros de razas eran preciosos, mucho más lindos que los dos cirujas que teníamos en casa aunque para mí los nuestros eran más inteligentes. Lo que más me llamó la atención fueron los pájaros, en especial un canario blanco que estaba en un jaulón enorme como de dos metros de alto. Todos los canarios eran amarillos, otros rojos, otros naranja, pero el que a mí me gustaba era el blanco, el único blanco, el distinto. La maestra me vio que yo estaba fascinado mirándolo y me preguntó si a mí me dejarían tenerlo en casa y obviamente le mentí, en realidad no le mentí tanto ya que este animalito no tenía cuatro patas sino dos y eso me habilitaba a cruzar otra vez el límite. La maestra abrió su monedero y ante mis ojos llenos de ilusión, me lo compró. El vendedor me lo dio en una jaulita cuadrada pequeñita y ese fue el mejor regalo que me habían hecho en toda la vida.

Al llegar a casa, se lo mostré primero a mamá y ella me advirtió que iba a tener problemas con el abuelo, pero no fue así, cuando el viejo lo vio le gustó muchísimo, tanto que hasta le compró una jaula más grande con un pie de metal con figuras de flores que puso en medio del patio. También le compró una bolsa de alpiste y una bañaderita de plástico para que se bañara. Mi canario no tenía nombre, preferí que no sea mío, que sea de toda la parentela, en especial de mi abuelo. El estaba feliz con el nuevo integrante de la familia, hasta le cambiaba el agua y limpiaba la jaula en la pileta del patio, pero el canario blanco no le agradecía ni con un simple pio. Parecía mudo. A él le importaba poco, le tenía cariño, le hablaba como si fuese una persona, lo había adoptado, creo que lo quería más que a todos nosotros.

Por las noches, el abuelo le ponía a la jaula una funda de nylon que le había cocido mi tía Sofía para protegerlo del rocío. Mi tío Ricardo se le acercaban diciéndome que el sabía cómo enseñarle a cantar a los canarios.

Le ponían pedacitos de vainillas y le silbaba para ver si el pobre bicho le respondía imitando su canto, pero el canario blanco no le daba bola. Ni un pio le devolvía. Yo siempre creí que era porque estaba asustado de las horribles caras de mis parientes o de los tres gatos y los dos perros que estaban siempre dándole vuelta al pie de la jaula.

Una mañana de septiembre el grito del abuelo Cacho nos despertó a todos. Salimos de las piezas a ver que estaba pasado. Pensamos que el viejo se había caído. Arrodillado encontramos al abuelo llorando con una pluma blanca en su mano. La jaula, con la puertita abierta, estaba vacía. La funda estaba tirada en el piso y el canario blanco ya no estaba. Fue muy triste. No sé qué me causó más dolor, si la perdida de aquel canario blanco que me había regalado mi maestra o ver a mi abuelo en el piso, abatido, llorar como un chico. La pregunta que hoy me sigo haciendo es: ¿Cual habrá sido de mis tres gatos el autor de tan fatídico crimen? ¿Habrà sido mi Bolita?